

## CASI UNA HISTORIA

JOSÉ ANTONIO ZAMBRANO  
POETA

Aquella fue otra historia aterida en mis labios, guardada entre las hebras de barros y caleños que murmura el paisaje. Los ocres de la tierra donde se hizo surco la costumbre del alba y el alto mirador que aún verdea la yerba entre mis ojos. No existe perdedor que baje el vuelo en un rostro de niño ni nostalgia tan alta que no pierdan los tiempos.

Allí tenía el verano un sabor de vencejo, un blanco oscurecido por sus mismas campanas que hacían de la siesta una soledad nueva. El juego de los arcos, las cigarras tronando el silencio del día y las calles abriendo sus pórticos de nadie. ¿Cómo llegar siquiera a ser de todos? ¿Dónde amigar la voz de los romances que cantaban los ciegos? Casi todo prendía ese son presumido del rastrojo, esa larga tristeza de dátiles que pierden las palmeras cansadas y acaso alguna luz que me persiste en un hueco dormido.

Había que buscar el aire de las eras, los bieldos aventando las espigas calladas y aquellos trillos lentos, horadados al brillo de una canción sin horas. No existía la tardanza, los días eran todos como un inicio falso de sostener la vida, mientras los años daban esa escasez que ahonda la prestancia del sueño. Era el acercamiento de lo propio, el polvo de las calles tiñendo las aceras, y la casa, distinta, con un zaguán de losas que luego fue creciendo para alejarse siempre.

Aún me queda el sentido de lo que nunca acaba: el amorío cercano de la higuera que mecían mis ojos y el pozo con el agua más fría de mi tacto. También la parra erguida de agostos y septiembrés, los racimos meciendo el mundo sobresalto de las uvas y el rosal compungido por elevar sus ramas alguna rosa sola.

Siempre o nunca hay olvido, la memoria y el beso que palpa la otra patria de mis labios, el vano acercamiento de lo puro, aquel pueblo sonámbulo donde soñé castillos y princesas desnudas. ¡Qué bien tocar el mar desde tan lejos! Desde tan lejos todo como un libro que pierde su hoja más hermosa. El mar, el mar tan lejos y, sin embargo, cerca de sus orillas siempre. De las aguas que ganan mi lejana alegría para acabar batiendo la arena más hermosa en un lugar sin tino.

Luego crecí a la vida como una historia vieja. Me fui volviendo hombre intentando ser niño y en el mar una isla se fue haciendo de olas, de silencios y larvas, de oscuras claridades por la palabra misma. El mar era un destino por el viento, un sitio muy cercano, una presencia justa que se eleva en unos ojos ciegos, una frontera que acogió el color verde en su lágrima y acunó su cadencia en los inviernos lentos y en la huella de tantos.

Pero ¿por qué este sitio no me confunde nunca? Este sitio sin altos, el mundo en ti y en todo, mis amigos, las albas y esa soledad casta que me piden las noches. Por allí voy andando como a trechos los sesmos, y siempre hay más, las manos de una mujer que

toco y otros dos que me suben en una barca nueva.

En qué calle me quedo para esperar los Reyes más Magos de mi risa, ésa que sólo tuvo domingos y caireles, días de fiesta ¡todos!, con una blusa nueva que estrenar en los aires, hasta quedarme luego dormido en la bodega de ese hombre tan sabio que me contaba historias. Hablo de aquel Eusebio que se murió en las aguas de algún pozo cualquiera. Aquel que resistía el humor de la guerra en una nube altiva y que liaba a oscuras cigarros pretendidos con una voz de humo. Sólo la muerte cuenta una historia distinta, una historia que empieza en el clamor rendido de una caricia última y posa entre sus hombros una luna de fragua.

Jamás tendré la luz de aquel entonces. Esa luz que, distinta, miraba como héroes las aspas de molinos, los versos de San Juan que esclarecían las cañas de mi casa, el anafre tomando el rumor de los gallos, y aquella faja ancha, negra como los lutos, de mi abuelo buscando ser yuntero de estrellas. Detrás de las aldabas cada rostro era un mundo lleno de intimidades, de amargos que descruzan los dedos en susurros, mientras mi madre iba buscando entre lo viejo el abrazo más largo que me ha dado la vida. Y esto suena a codicia, a olvidadizo adiós sin rumbo, sin sitios destinados a las cosas, con la vacilación de un tiempo que tejían las aceras en un goteo de sombras, temerosas de esquinas que aquilaban lo oculto, como si el tiempo fuera un recuerdo que pasa.

Cuánta estima dejada al descubierto, perdida entre los rizos de la nieve y ese brocal que alza la burla del invierno. Por sus calles anuncio, como un destino manso mi libertad ajena, mi lenta sed que borda la linde de los miedos y esa piedad que presta la dejadez del frío. Todo es pasión colmada y hasta todo me enseña que ya nunca cabalga el Cid por estos lares. Ese pasado negro de las luces que emanan de la tierra y vierten los arroyos en un azul poscrito. Es verdad cercana en los apriscos, haciendo de los labios ese mínimo canto que gotea en un refugio tenue donde crece la hiedra.

Sin embargo, es de todos, la claridad del sol cuando viene del cielo, el auge de los pinos que no toco y ese estable sabor de acercarme a las albas sin leyes prefijadas. Así he vivido siempre los ecos que me hicieron saludar la alegría, adentrarme en la vereda larga del recuerdo y llegar a saber de aquella historia que me presta el olvido.

Ahora, noche tras noche, moviéndome en el salto donde galopa el sueño, enfrente de esta hora en la que nada tiembla, sino yo que me hundo en la esquiva ceniza de mi verso. Ahora que el secreto es una viva voz, ¿qué puede esta renuncia de la suerte contra esa vastedad que orea la lumbre? Queda por vivir todo lo que exige la vida, la destreza palpable de lo que nunca cambia y el poso de las lágrimas que aquel mayo desnudo me prestó en la mirada. París era una fiesta rendida como el vuelo de un pájaro sin alas, una flora nacida en el albor de un grito, para luego perderse en un suspiro hondo que buscó en las escarchas reinventar la ternura.

Y así fueron pasando los tiempos de mis días, en un soplo de jara que amigó la costumbre de tocar la inocencia, de buscar su camino desde una vez el mar, sin poner en los labios nada más que mi alma.